

Peter-Hans Kolvenbach

Por el ambiente de tensiones internas y externas en el que se reunió la XXXIII. Congregación General de la Compañía de Jesús a muchos les pareció extraño que el nuevo Superior General, Peter-Hans Kolvenbach, resultase elegido en el primer escrutinio. Podía interpretarse como una imposición externa o como un extraño acuerdo logrado después de recibir informaciones confidenciales. En realidad fue una elección hecha muy tranquilamente sin directa presión del Vaticano o del Delegado Pontificio y sin manejar datos que se ocultan a los que no participaron en la reunión.

El análisis de la situación de los jesuitas dispersos por el mundo y la fuerte experiencia que supuso para toda la Compañía la extraordinaria medida tomada por Juan Pablo II de nombrar un Delegado suyo para el gobierno de la Orden por dos años y medio, crearon un clima en el que se le daba una especial importancia a la necesidad de volver a la normalidad en la marcha cotidiana del gobierno jesuítico. Cundió también la idea de que la mejor manera de lograr esa vuelta a la normalidad en continuidad con las opciones hechas en esta etapa postconciliar era elegir un Preósito General oxigenado con un equipo de Asisten-

tes Generales fresco con el convencimiento de que la línea de las Congregaciones Generales precedentes eran ya carne y sangre en el cuerpo de la Compañía.

Peter-Hans Kolvenbach llena las expectativas que se crearon: un jesuita penetrado del Espíritu de Jesús bebido en la ignaciana fuente de los Ejercicios Espirituales, capaz de tomar decisiones desde la perspectiva del Evangelio, con amplia experiencia en el tipo de gobierno típico de la Compañía que pone en primer lugar la confianza en la persona y en el conocimiento de sus deseos y capacidades. Además, proveniente de una de las zonas del mundo más complejas políticamente, ricas culturalmente y pluralista eclesial y religiosamente.

Sobre su persona y forma de pensar se han publicado versiones contradictorias. La razón fundamental de su elección es que se encontró en él a un jesuita de gran autoridad moral enraizado en el mundo de hoy capaz de entender los "signos de los tiempos", comprometido en la fe en Jesucristo que hace justicia en el amor, y capaz de animar a sus hermanos en la misión que ha recibido hoy la Compañía en la Iglesia.

nunca, como algo que está en favor de la reconciliación de los hombres, si ellas no se encarnan, a ejemplo del Señor, en la vida concreta y en la acción de todos los días al servicio de los hombres, sus hermanos, donde se desenvuelve su vida y su muerte, su esperanza y su porvenir, "pacificando con la sangre de su Cruz" (Col. 1,20).

Esta Eucaristía es pues una elección de amor en el sentido ignaciano: unirse a la cena del Señor (1 Cor. 11,20), de

donde hoy nadie sale con hambre, porque recibe el Pan de Vida (Jn. 6), como el pan de que tenemos necesidad cada día (Lc. 11,3). Participando en esta Eucaristía, nos consagramos al misterio pascual que viven los pobres del Señor, los artifices de paz, los misericordiosos y los mansos según su corazón, los perseguidos y oprimidos por su Nombre, hasta que El venga a reconciliar una tierra nueva y un mundo nuevo en la única Bienaventuranza.

LA HORA DEL MEDIODIA EN AMERICA LATINA

Carlos Fuentes

En nuestras páginas (enero 1983) recogimos el discurso que pronunció García Márquez al recibir el premio Nóbel. También lo hicieron muchas otras revistas latinoamericanas. Es que lo sentimos como un hermoso canto a la vida brotado desde las mismas entrañas desgarradas de nuestra historia doliente. No frases bonitas sino la hermosura real de nuestra esperanza. Hoy traemos a nuestra revista el discurso que pronunció otro narrador, Carlos Fuentes, en agosto pasado en la ceremonia de graduación de la Universidad de Harvard. Es la palabra de un latinoamericano a los norteamericanos de los EE.UU., la palabra de un mexicano a sus vecinos del norte, la palabra de un hombre de palabra: un novelista. Como la de García Márquez, está cargada de vida y de amor y es una palabra solidaria; por eso es una palabra de peso. Pero el peso no se deja caer sobre el auditorio como una bomba sino que se tiende como un puente firmísimo porque descansa en su extremada razonabilidad. No es la tesis que se impone ni la argucia que busca enredar en su tela de araña. Es la pura luz que se propone desarmada buscando lo mejor del otro. Es espíritu que suscita espíritu. Espíritu es aquí la conjunción del compromiso neto con la exquisita matización, la llamada al poder creador de la imaginación y el tomar en cuenta al otro. Palabras así, tan carentes de arrogancia y absolutización, dan cumplimiento a la profecía de su compatriota: "Por mi raza hablará el espíritu", una voz más genuinamente latinoamericana que los rugidos (gallardos por otra parte) de los "mil cachorros sueltos del León Español".

El original del discurso está en inglés. La traducción que ofrecemos no es del propio autor, pero aún así se trasluce lo que indicamos y nos hasta para agradecer a nuestro hermano mexicano. (N. de la R.)

Sr. Rector,
Miembros de la Corporación,
Miembros de la Sociedad de Ex-alumnos,
Señoras y Señores:

Hace poco andaba por el estado de Morelos buscando el poblado de Anenecuilco, donde nació Zapata y le pregunté a un campesino qué tan lejos estaba: "Si hubieras salido al amanecer, ya estarías ahí" me respondió. El reloj interior de este hombre marcaba su propio tiempo y el de su cultura; y es que los relojes de todos los seres humanos, de todas las civilizaciones, no están sincronizados y una de las maravillas de nuestro amenazado mundo es la variedad de sus experiencias, de sus recuerdos y de sus deseos. Cualquier intento de imponer una política uniforme sobre semejante variedad es preludeo de muerte.

Lech Walessa es un hombre que salió al amanecer, en el momento en que la historia de Polonia pedía que el pueblo de Polonia se pusiera en marcha para resolver los problemas que un gobierno represivo y un partido vacío ya no hallaban cómo resolver. Nosotros en Latinoamérica, que hemos ejercitado nuestra solidaridad con Solidaridad, saludamos hoy a Lech Walessa.

El honor que se me otorga en este gran centro del saber es tanto mayor por las circunstancias en que lo recibo. Acepto este honor como ciudadano de México y como escritor desde Latinoamérica.

Les hablo como tal. Primero como mexicano. El amanecer de un movimiento de renovación social y política no puede fijarse según otro calendario que el del pueblo involucrado. Las revoluciones no se pueden exportar. Con Lech Walessa y Solidaridad, fue el reloj interior del pueblo de Polonia el que marcó la hora de amanecer. Así ha sido siempre: con el pueblo de Massachusetts en 1776, con el pueblo de mi país durante nuestra experiencia revolucionaria, con el pueblo de Centroamérica en la hora que todos estamos viviendo. La aurora de la revolución revela la historia total de una comunidad. Esta es un conocimiento de sí misma del que una sociedad no puede ser privada sin graves consecuencias.

LA EXPERIENCIA DE MEXICO

La Revolución Mexicana fue objeto de constante hostigamiento, presiones, bloqueos y hasta un par de intervenciones armadas entre 1910 y 1932. Fue extremadamente difícil para el gobierno de Estados Unidos en esos años definirse ante el cambio violento y rápido que se operaba al otro lado de su frontera sur. Coolidge convocó ambas cámaras del Gobierno en 1927 y denunció a México como fuente de subversión "bolchevique" en Centroamérica, lo que dio lugar a que los marines invadieran Nicaragua por tercera vez en lo que va de siglo. Eramos la "primera ficha del dominó". Precisamente debido a nuestras políticas revolucionarias (reforma agraria, educación laica, contrato colectivo y recuperación de los recursos naturales) —a las que se opusieron todos los gobiernos de Washington, de Taft a Hoover—, México se convirtió en una nación moderna, contradictoria, consciente de sí, autocrítica. De paso se convirtió también en el tercer cliente de Estados Unidos y en su principal proveedor extranjero de petróleo.

La revolución no hizo instantáneamente de mi país una democracia. Pero el primer gobierno revolucionario, el de Madero, fue el régimen más democrático que jamás hemos tenido: Madero respetó las elecciones libres, la libertad de prensa y la independencia del Congreso. Significativamente, Madero fue prontamente derrocado por una conspiración del embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, y un grupo de generales reaccionarios.

De modo que antes de llegar a ser democracia, México tuvo que hacerse nación. Lo que la revolución nos dio fue la totalidad de nuestra historia y la posibilidad de una cultura.

"La revolución —escribió mi compatriota, el gran poeta Octavio Paz— es una súbita zambullida de México en su propio ser. En la explosión revolucionaria..., cada mexicano... reconoce por fin, en un mortal abrazo, al otro mexicano". El mismo Paz, Diego Rivera y Carlos Chávez, Mariano Azuela y José Clemente Orozco, Juan Rulfo y Rufino Tamayo: todos existimos y trabajamos gracias a la experiencia revolucionaria de nuestro país. ¿Cómo cruzarnos de brazos mientras, por arrogancia e ignorancia, se les niega esta experiencia a otros pueblos, hermanos nuestros, en Centroamérica y en el Caribe?

Un gran estadista es un idealista pragmático. Franklin D. Roosevelt tuvo la imaginación política y la voluntad diplomática de respetar a México cuando el Presidente Cárdenas (en el acto culminante de la Revolución Mexicana) expropió los recursos petroleros del país en 1938. En vez de amenazar, castigar o invadir, negoció. No trató de derrotar a la historia. Se inscribió en ella. ¿No habrá nadie en este país que lo imite hoy? Las lecciones aplicables a la situación actual en Latinoamérica están inscritas en la historia —la difícilísima historia— de las relaciones mexicano-estadounidenses. ¿Por qué no han sido asimiladas?

CONTRA LA INTERVENCION

En el mundo de hoy, intervención evoca una temible simetría. Así como Estados Unidos se siente autorizado para intervenir en Centroamérica y apagar el incendio en el patio de enfrente de su casa —me gusta que nos hayan promovido del status tradicional de patio trasero—, así también la URSS se siente autorizada para jugar al bombero en sus propios patios. Una intervención perjudica la urdimbre y la trama de una nación, la oportunidad de resucitar su historia, el conjunto de su identidad cultural.

He sido testigo de dos casos de la corrupción global que una intervención opera.

Uno fue en Checoslovaquia, en el otoño de 1968. Yo estaba ahí apoyando a mis amigos los escritores, estudiantes y estadistas de la Primavera de Praga. Los oí dar gracias al menos por aquellos pocos meses de libertad antes de que la noche cayera otra vez sobre ellos: la noche de Kafka, en que nada se recuerda y nada se perdona.

La otra vez fue en Guatemala en 1954, cuando el gobierno democráticamente elegido fue derrocado por una invasión mercenaria abiertamente respaldada por la CIA. El proceso político de reforma y de auto-reconocimiento en Guatemala fue condenado al círculo vicioso de represión que continúa hasta el momento. John Foster Dulles la proclamó "gloriosa victoria de la democracia". Era el cenit de Pollyanna: todo está perdonado porque todo está olvidado.

La intervención se define como las acciones de la potencia regional prevalente en contra de un estado más pequeño dentro de la llamada esfera de influencia. La intervención se define por sus víctimas. Pero la diferencia entre las acciones de la URSS y las de Estados Unidos en sus respectivas esferas es que el régimen soviético es una tiranía y Uds., una democracia. Sin embargo, más y más durante los últimos dos años he oído a estadounidenses en puestos de responsabilidad hablar de que no les importa si a Estados Unidos se le quiere, sino si se le teme; no si los derechos de los demás son respetados, sino si sus propios intereses estratégicos son defendidos. Estas son actitudes que hemos llegado a asociar con la diplomacia brutal de la URSS.

Pero nosotros, los verdaderos amigos de su gran nación en Latinoamérica; nosotros, los admiradores de sus extraordinarias realizaciones en literatura, ciencia, arte e instituciones democráticas, el Congreso y los juzgados, las universidades y las casas editoriales y la libertad de prensa; nosotros, sus verdaderos amigos, precisamente porque somos sus amigos, no les vamos a permitir comportarse en los asuntos latinoamericanos como la URSS lo hace con los asuntos de Eu-

ropa Oriental o de Asia Central. Uds. no son la URSS. Seremos los guardianes de los intereses de Uds. ayudándolos a evitar esos errores. Tenemos la memoria de nuestra parte. Uds. adolecen mucho de amnesia histórica, parecen haber olvidado que su propia república nació del cañón de sus fusiles. Esperamos tener la persuasión de nuestro lado, y la ayuda de la ley internacional e interamericana.

También tenemos cada vez mayor aprensión de que, so pretexto de defendernos de remotas amenazas soviéticas y delirantes efectos del dominó, Estado Unidos pudiera crear un vasto protectorado latinoamericano. Al reunirse en Cancún el pasado 29 de abril, los presidentes de México y Brasil estuvieron de acuerdo en que "la crisis centroamericana tiene su origen en las estructuras económicas y sociales que prevalecen en la región y que los esfuerzos por superarlas han de evitar la tendencia a definirla como un capítulo más de la confrontación Este-Oeste". Y el Primer Ministro de España, la víspera de su visita a Washington, definió los manejos de Estados Unidos en Centroamérica como "básicamente perjudiciales" para las naciones de la región así como para la posición internacional de Estados Unidos.

Sí, sus alianzas se desmoronarán y su seguridad se verá en peligro, si Uds. no demuestran ser una potencia clarividente y responsable en sus tratos con Latinoamérica. Sí, Uds. deben demostrar su humanidad y su inteligencia aquí, en este hemisferio que compartimos, o perderán toda credibilidad democrática. ¿Dónde están hoy los Franklin Roosevelts, los Sumner Welleses, los George Marshalls, los Dean Achesons que pidieron estos tiempos?

AMIGOS Y SATELITES

La gran debilidad de la URSS es que está rodeada de satélites, no de amigos. Tarde o temprano, la rebelión de las naciones contenidas en la esfera soviética se comerá, cada vez más, las entrañas de lo que Lord Carrington recientemente llamó "un Bizancio decadente". Estados Unidos tiene la gran fuerza de contar con amigos, no satélites, en sus fronteras. Canadá y México son dos naciones independientes que en muchos asuntos se hallan en desacuerdo con Estados Unidos.

Sabemos que tanto en la vida pública, como en la vida personal, nada es más autodestructivo que rodearse de aduladores. Pero así como hay gente que a todo dice sí, hay naciones que sólo saben someterse: tales naciones se causan tanto daño a sí mismas como a su poderoso protector, pues dejan a ambos sin dignidad, previsión y sentido de la realidad. Sin embargo, el documento del Consejo de seguridad nacional sobre la política para Centroamérica y Cuba en el año fiscal 1984 ha designado a México como blanco del "aislamiento diplomático". En Latinoamérica sabemos que "aislamiento" es un eufemismo por desestabilización. En efecto, cada vez que un miembro importante del gobierno en Washington se refiere a México en términos de ficha decisiva del dominó, un miembro importante del gobierno en México debe interrumpir su trabajo, ofrecer una refutación y consolidar la legitimación nacionalista del gobierno mexicano: México es capaz de gobernarse a sí mismo sin interferencia externa.

Pero si México es una ficha del dominó, entonces de donde teme el empujón es del norte, no del sur; tal ha sido nuestra experiencia histórica. Esta sería la hazaña culminante de esa afición de Washington a profetizar lo que ha decidido hacer: un México desestabilizado por las pesadillas que Estados Unidos tiene de México. Todos deberíamos estar prevenidos acerca de esto. Lejos de ser "ciego" o "complaciente", México está ofreciendo a Estados Unidos su mano amiga para ayudarlo a no repetir los costosos errores históricos que tanto daño nos han hecho a todos, norte y suramericanos.

La opinión pública de este país juzgará si la evidente buena fe de México en este asunto es rechazada mientras Estados Unidos sigue metiéndose cada vez más en el panta-

no de Centroamérica —un Vietnam tanto más peligroso por cierto, debido a su cercanía, no a las razones que oficialmente se invocan—. El remolino de la revolución, si se le deja continuar su curso, pronto halla sus canales institucionales; si se le distorsiona con una intervención, será una plaga para Estados Unidos durante décadas: Centroamérica y el Caribe serán el Banquo de Estados Unidos: un endémico desgaste de sus recursos humanos y materiales.

La fuente del cambio en Latinoamérica no está en Moscú o en La Habana, está en su historia.

CUATRO FALTAS DE IDENTIFICACION

Ahora les hablaré como latinoamericano. La falla de sus políticas hemisféricas hoy en día se debe a cuatro fallas de identificación. Primero, a no ubicar el cambio en Latinoamérica dentro de su contexto cultural. Segundo, a no identificar el nacionalismo como el vehículo del cambio en Latinoamérica. Tercero, a no ubicar los problemas de redistribución internacional del poder en cuanto se refieren a Latinoamérica. Cuarto, a no identificar los espacios para negociar en la medida en que estos asuntos crean conflicto entre Estados Unidos y Latinoamérica.

EL CONTEXTO CULTURAL DE LATINOAMERICA

Primero, el contexto cultural del cambio en Latinoamérica. Nuestras sociedades están marcadas por la continuidad cultural y la discontinuidad política. Somos una ciudadanía balkanizada y sin embargo hondamente unida por una experiencia cultural común. Somos y no somos de Occidente. Somos indios, negros, mediterráneos. Recibimos incompleto el legado de Occidente, deformado por la decisión de la monarquía española que declaró fuera de ley las corrientes no ortodoxas; mutiló el árbol ibérico de sus ramas árabe y judía, plenas de savia; derrotó las ansias democráticas de sus clases medias y sobrepuso las estructuras verticales del imperio medieval a la configuración del poder igualmente piramidal de las civilizaciones indígenas en las Américas.

Estados Unidos es la única potencia occidental grande que nació después de la Edad Media: es moderna de nacimiento. Como parte del baluarte de la contrarreforma, Latinoamérica ha tenido que batallar constantemente con su pasado. Nosotros no adquirimos la libertad de palabra, de creencia o de empresa como regalos al nacer, como fue el caso de Uds. Hemos tenido que pelear desesperadamente por conquistarlas. La complejidad de nuestras luchas culturales que están detrás de nuestras luchas políticas y económicas, se relaciona con tensiones no resueltas, a veces tan antiguas como el conflicto entre panteísmo y monoteísmo, o tan recientes como el conflicto entre tradición y modernidad. Tal es nuestra dotación cultural, pesada y rica a la vez.

Los verdaderos problemas a que nos referimos son muy antiguos. Por fin se están ventilando hoy, pero se originaron en situaciones coloniales y aun precortésianas y se basan en la cultura del catolicismo ibérico con sus énfasis en el dogma y la jerarquía —una inclinación intelectual que a veces nos lleva de una iglesia a otra en busca de refugio y de certezas—. Están contaminadas por hereditarias confusiones entre derechos privados y públicos, y formas consagradas de corrupción que incluyen el nepotismo, el capricho y las decisiones económicas irracionales, tomadas por el jefe de la tribu por sí y ante sí.

Los problemas tienen que ver con las tradiciones de rendimiento paternalista ante el caudillo, la fe profunda en ideas más que en hechos, el arraigo del elitismo y el personalismo y la debilidad de la sociedad civil, con sus luchas entre teocracia e instituciones políticas, centralismo y gobierno local.

Desde la independencia en la tercera década del siglo

pasado, hemos estado obsesionados con la idea de ponernos a la altura de nuestro vecino, Occidente. Hemos creado países legales en apariencia, pero que en realidad son disfraces de los verdaderos países que viven —o se debaten— tras la fachada constitucional. Latinoamérica ha tratado de encontrar la solución de sus viejos problemas agotando las sucesivas ideologías de Occidente: liberalismo, positivismo, marxismo. Hoy estamos a punto de trascender el dilema redefiniéndolo como una oportunidad, por fin, de ser nosotros mismos: sociedades ni nuevas ni viejas, sino simplemente, auténticamente latinoamericanas, mientras en el brillo deslumbrante de la comunicación instantánea o en la eterna penumbra de nuestras aldeas más aisladas, distinguimos entre los beneficios y las desventajas de una tradición que ahora parece más rica y aceptable que hace cien años de soledad.

Pero también nos vemos forzados a comparar los beneficios y desventajas de una modernidad que ahora parece menos prometedora que antes de la crisis económica, la trágica ambigüedad de la ciencia y ese barbarismo de naciones y filosofías que alguna vez representó supuestamente el "progreso": todo nos llevó a buscar en nosotros mismos el tiempo y el espacio de la cultura. Somos verdaderos hijos de España y Portugal. Hemos compensado los errores de historia con realizaciones artísticas. Ahora nos acercamos a lo que nuestras mejores novelas, poemas, pinturas, películas, danzas y pensamientos han anunciado por tanto tiempo: la compensación de los errores de la historia con las realizaciones en política.

La lucha real para Latinoamérica es, pues, como siempre, una lucha con nosotros mismos, dentro de nosotros mismos. Debemos resolverla nosotros mismos. Nadie más puede verdaderamente conocerla: nosotros la estamos viviendo aun en nuestras riñas familiares. Tenemos que asimilar este pasado conflictivo. Algunas veces tenemos que hacerlo —como ha ocurrido en México, Cuba, El Salvador y Nicaragua— por medios violentos. Necesitamos tiempo y cultura. También paciencia. Tanto nuestra como de ustedes.

NACIONALISMO EN LATINOAMERICA

Segundo, la identificación del nacionalismo como legítimo portador del cambio en Latinoamérica. El conflicto cultural que mencioné comprendí la terquedad de las demandas populares mínimas, después de todos estos siglos, que son libertad con pan, escuelas, hospitales, independencia nacional y un sentido de dignidad. Si nos dejan solos, trataremos de resolver estos problemas creando instituciones nacionales para manejarlos. Todo lo que pedimos de ustedes es cooperación, comercio y relaciones diplomáticas normales. No su ausencia, sino su presencia civilizada. Necesariamente creceremos con nuestros propios defectos. ¿Hemos de ser considerados sus amigos verdaderos solamente si estamos gobernados por despotismos, derechistas anticomunistas? En Latinoamérica —o en cualquier parte del mundo, para el caso— la inestabilidad surge cuando las sociedades no se ven reflejadas en sus instituciones.

LA DEMOCRACIA EN LATINOAMERICA

En nuestras sociedades, el cambio será radical en dos dimensiones. Externamente será tanto más radical cuando más intervenga Estados Unidos en contra del cambio, o cuanto más ayude a posponerlo. Internacionalmente, será necesariamente radical por cuanto un día deberemos afrontar los desafíos con los que hasta ahora no hemos podido medirnos. Debemos entrar a la democracia junto con reformas; avocarnos a la integridad cultural, y al cambio. Todos, cubanos, salvadoreños, nicaragüenses y argentinos, mexicanos y colombianos, tenemos que afrontar, por fin, la cuestión que nos espera en los umbrales de nuestra verdadera historia: ¿somos capaces, con todos los instrumentos de nuestra civilización, de crear sociedades libres, sociedades que atiendan a las necesidades básicas de salud, educación y trabajo, pero sin

sacrificar las necesidades igualmente básicas de debate, crítica y expresión política y cultural?

Sé que todos nosotros, sin excepción, no hemos verdaderamente satisfecho estas necesidades en Latinoamérica. También sé que el transformar nuestros movimientos nacionales en peones del conflicto Este-Oeste nos hace imposible responder a la pregunta: ¿somos capaces de crear sociedades nacionales libres? Esta es quizás nuestra más severa prueba.

Con o sin razón, muchos latinoamericanos han llegado a identificar a Estados Unidos con la oposición a nuestra independencia nacional. Algunos perciben en las políticas de Estados Unidos la prueba de que la amenaza verdadera para una gran potencia no es otra gran potencia, sino la independencia de los estados nacionales. ¿De qué otro modo entender las acciones de Estados Unidos que parece tontamente obsesionado con desprestigiar las revoluciones nacionales en Latinoamérica? Algunos agradecen que exista otra gran potencia, y apelan a ella. Todo lo cual también agranda y desnaturaliza los problemas inmediatos e impide considerar la tercera falla a que me quiero referir hoy: el no comprender la redistribución del poder en el hemisferio occidental.

LATINOAMERICA Y LA REDISTRIBUCION DEL PODER

Se podría discutir si la explosividad de muchas sociedades latinoamericanas se debe menos al estancamiento que al crecimiento el más vertiginoso en cualquier región del mundo desde 1945. Pero ha sido un crecimiento rápido sin una distribución igualmente rápida de los beneficios del crecimiento. Y ha coincidido, internacionalmente, con relaciones en rápida expansión entre Latinoamérica y sus nuevos socios europeos y asiáticos en comercio, finanzas, tecnología y apoyo político.

Latinoamérica es, pues, parte de la corriente universal que está pasando de estructuras bipolares a multipolares o pluralistas en las relaciones internacionales. Dado que existe esta tendencia, la declinación de su superpoder refleja la del otro. Lo cual está destinado a crear numerosas áreas de conflicto. Como el excanciller Helmut Schmidt lo expresó elocuentemente desde esta misma tribuna: "Vivimos en un mundo económicamente interdependiente, formado por más de 150 países, y no contamos con la experiencia suficiente para operar esta interdependencia". Las dos superpotencias, cada vez más, confrontan un movimiento perfectamente lógico hacia la autoafirmación nacional, acompañada de relaciones multilaterales cada vez mayores, que rebasan las decadentes esferas de influencia.

No hay cambio sin tensión, y en Latinoamérica esta tensión surge cuando luchamos por lograr mayor riqueza y más independencia, y también cuando inmediatamente empezamos a perderlas a causa de la injusticia económica interna y de la crisis económica externa. Las clases medias que hemos desarrollado durante los últimos cincuenta años se ven sacudidas por una revolución de expectativas decrecientes —de "ilusiones perdidas" que diría Balzac—. La modernidad y sus valores se hallan bajo el tiroteado de la crítica, mientras se descubre que los valores del nacionalismo son perfectamente identificables con consideraciones tradicionalistas y aun conservadoras.

La identificación equivocada del cambio en Latinoamérica, de alguna manera manipulado por una conspiración soviética, no sólo irrita al nacionalismo de izquierda; también resucita los fervores nacionalistas de la derecha, que fue donde, después de todo, brotó el nacionalismo latinoamericano a principios del siglo diecinueve.

Toda la fuerza de este latigazo (que reapareció en Argentina y en la crisis del Atlántico Sur el año pasado) a ustedes les falta todavía sentirla en lugares como El Salvador y Panamá, Perú y Chile, México y Brasil. Un continente entero, en nombre de la identidad cultural, el nacio-

nalismo y la independencia internacional, es capaz de unirse en contra de ustedes. No debería suceder. La oportunidad de evitar una confrontación continental está en el cuarto y último punto que quiero tratar con ustedes hoy, el de las negociaciones.

NEGOCIACIONES ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE

Antes de que Estados Unidos tenga que negociar con presiones extremas —culturales, nacionalistas, internacionales tanto de la izquierda como de la derecha, en las naciones más remotas de este hemisferio (Chile y Argentina), en la más grande (Brasil) y en la más cercana (México)— debería hacerlo, de inmediato en Centroamérica y el Caribe (en interés propio tanto como en el nuestro). En México somos de la opinión de que todos y cada uno de los puntos en conflicto en la región pueden resolverse diplomáticamente, negociando, antes de que sea demasiado tarde. No existe en política el fatalismo de que dado un movimiento revolucionario en cualquier país de la región, inevitablemente acabará por concederle bases a la URSS.

¿Qué sucede entre el amanecer de la revolución en un país periférico y su imaginario destino como base soviética? Si todo lo que sucede no es más que hostigamiento, bloqueos, propaganda, presiones e invasiones contra el país revolucionario, entonces resulta una profecía que se cumple a sí misma.

Pero si entra en juego una potencia con memoria histórica y una diplomacia con imaginación histórica, entonces nosotros —Estados Unidos y Latinoamérica— podríamos conseguir algo muy distinto: una Latinoamérica de estados independientes que van construyendo instituciones estables, renovando la cultura de la identidad nacional, diversificando nuestra interdependencia económica, y acabando con los dogmas de dos mohosas filosofías decimonónicas. Y unos Estados Unidos que dan ejemplo de un tono en las relaciones que es presente, activo, cooperativo, respetuoso, consciente de las diferencias culturales: lo verdaderamente apropiado para una gran potencia que no tiene miedo de membretes ideológicos y que es capaz de coexistir con la diversidad en Latinoamérica, así como ha aprendido a coexistir con la diversidad en el África Negra. Precisamente hace veinte años, John Kennedy dijo en otra memorable graduación: "Si no podemos terminar ahora con nuestras diferencias, al menos podemos ayudar a que todos aprendamos a convivir en la diversidad". Este me parece que es el gran legado del estadista por cuya muerte todos hemos hecho duelo. Entendamos ese legado, gracias al cual la muerte dejó de ser un enemigo y se convirtió no en un lamento por lo que pudo haber sido, sino en una esperanza de lo que puede ser. Esto puede ser.

Cuanto más dure la situación de guerra en Centroamérica y el Caribe, tanto más difícil será garantizar una solución política. Tanto más difícil será que los sandinistas demuestren su buena fe en el manejo de los problemas de democracia interna; en estos momentos brutalmente interrumpida por un estado de emergencia que se impone como respuesta a las presiones extranjeras. Tanto más difícil será para el sector civil de la rebelión salvadoreña hacer prevalecer la iniciativa política por encima de las facciones armadas. Tanto más grave será la indignación en Panamá por el papel que se le ha impuesto de trampolín para una guerra norteamericana. Tanto más grave será el peligro de un conflicto generalizado, que arrastrará a Costa Rica y a Honduras.

Todo puede ser negociado en Centroamérica y el Caribe antes de que sea demasiado tarde. Pactos de no agresión entre todos y cada uno de los estados. Patrullas fronterizas. La prohibición de pasar armas, vengan de donde vengan, y la prohibición de asesores militares extranjeros, sean de donde sean. La reducción de todos los ejércitos en la región. La prohibición, de ahora en adelante, de bases soviéticas o de

capacidad ofensiva soviética en la región.

¿Todo esto a cambio de qué? Simplemente, el respeto de Estados Unidos, respeto por la integridad y la autonomía de todos los estados de la región y la normalización de relaciones con todos ellos. Los países de la región no deberán ser forzados a buscar fuera de sí mismos la solución de sus problemas.

CUBA

Los problemas de Cuba son cubanos y lo serán una vez más cuando Estados Unidos entienda que el negarse a hablar sobre Cuba con Cuba no sólo debilita a Cuba y a Estados Unidos, sino que también fortalece a la URSS. El error de desoír los constantes ofrecimientos de Cuba para negociar cualquier cosa que Estados Unidos desee discutir frustra en Cuba a quienes trabajan por una mayor flexibilidad interna y una mayor independencia internacional. ¿Acaso Fidel es una especie de Maquiavelo corregido y aumentado con el que ningún negociador gringo pueda sentarse a regatear, sin temor de ser hábilmente engañado? No lo creo.

NICARAGUA

Los problemas de Nicaragua son nicaragüenses, pero dejarán de serlo si ese país se ve privado de toda posibilidad de supervivencia normal. ¿Por qué ha de ser tan impaciente Estados Unidos con cuatro años de sandinismo, cuando fue tan tolerante con cuarenta y cinco años de somocismo? ¿Por qué ahora se preocupa tanto porque haya elecciones libres en Nicaragua, pero se muestra tan indiferente porque las haya en Chile? ¿Y por qué, si tanto respeta la democracia, Estados Unidos no se apresuró a defender al presidente democráticamente elegido en Chile, Salvador Allende, cuando fue derrocado por el Jaruzelski latinoamericano que se llama Augusto Pinochet? ¿Cómo hemos de poder vivir y crecer juntos sobre la base de semejante hipocresía?

Nicaragua está siendo atacada e invadida por fuerzas patrocinadas por Estados Unidos. Está siendo invadida por bandas contrarrevolucionarias que dirigen los antiguos comandantes de la guardia nacional de Somoza, decididos a derrocar el gobierno revolucionario y reinstalar la vieja tiranía. ¿Quién les va a impedir hacerlo si ganan? No son luchadores de la libertad. Son Benedict Arnolds.

EL SALVADOR

Por último, los problemas de El Salvador son salvadoreños. La rebelión salvadoreña no se originó y no está manipulada desde afuera de El Salvador. Creer esto es como dar crédito a las acusaciones soviéticas de que el movimiento Solidaridad en Polonia es de algún modo hechura de Estados Unidos. No se ha probado que estén entrando armas a El Salvador desde Nicaragua: no se ha interceptado ninguna.

El conflicto de El Salvador es el resultado autóctono de un proceso de corrupción política y de imposibilidad democrática, que comenzó en 1931 cuando el ejército rechazó el resultado de las elecciones, y que culminó con el fraude electoral de 1972 que arrebató a democristianos y socialdemócratas su victoria y empujó a los hijos de la clase media a la insurrección armada. El ejército había agotado la solución electoral. Este ejército sigue burlándose de todo el mundo en El Salvador, inclusive de los Estados Unidos. Anuncia elecciones tras asesinar a los líderes políticos de la oposición, y luego pide a la oposición que regrese y participe —¿como alma en pena?— en esas mismas elecciones precipitadamente organizadas. Este escenario tipo Gogol significa que mientras el ejército y los escuadrones de la muerte sigan sueltos y sigan siendo reaprovisionados por Estados Unidos, no podrá haber elecciones verdaderamente libres en El Salvador.

Al presente no hay nada que pueda asegurarles a los salvadoreños que el ejército y los escuadrones de la muerte sean capaces de derrotar a los rebeldes, o que ejército y es-

cuadrones de la muerte puedan ser controlados por instituciones políticas. Precisamente debido al tipo de ejército que es, urge llegar a un arreglo político en El Salvador, no sólo para poner un hasta aquí al horrendo número de muertes, sino para frenar tanto al ejército como a los rebeldes armados, no sólo para asegurarles a los jóvenes de Estados Unidos que no se verán condenados a repetir el horror y la futilidad de Vietnam, sino para rehabilitar la iniciativa política de la mayoría de centro-izquierda que ahora tiene que reflejar, sin embargo, la necesidad de un ejército reestructurado. El Salvador no puede ser gobernado con tan pesada carga de crímenes.

La otra alternativa sería sólo la de transformar la guerra en El Salvador en una guerra estadounidense. ¿Pero por qué una mala política exterior tiene que ser sostenida por ambos partidos en Estados Unidos? De no haber existido los rebeldes en El Salvador, Estados Unidos jamás se hubiera preocupado de la "democracia" en El Salvador. Si se niega la participación política de los rebeldes en El Salvador, ¿en cuánto tiempo más El Salvador será otra vez olvidado por completo?

Hagamos memoria. Echamos a volar la imaginación. Reflexionemos. Estados Unidos no puede continuar solo en Centroamérica y el Caribe. No puede, en el mundo de hoy, practicar las anacrónicas políticas de quien tiene la sartén por el mango. De ser así, lo único que conseguirá es justamente lo que no quiere. Muchos de nuestros países están luchando por dejar de ser repúblicas bananeras. No quieren convertirse en repúblicas balalaicas. No las fuercen a escoger entre apelar a la URSS o capitular ante Estados Unidos.

Yo abogo por esto: no practiquen una dominación negativa en este hemisferio; ejerzan un liderazgo positivo. Unanse a las fuerzas del cambio, la paciencia y la identidad en Latinoamérica.

Estados Unidos debería aprovechar en beneficio propio las nuevas realidades de la redistribución del poder mundial que han tenido lugar. Todos los cambios a que me he estado refiriendo convergen ahora para formar un círculo de armonía posible. Estados Unidos tiene amigos verdaderos en este hemisferio. Estos amigos han de negociar en las situaciones en que Estados Unidos, siendo parte, no puede negociar por sí mismo. Y las partes negociantes —desde México y Venezuela, Panamá y Colombia; mañana quizás nuestra hermana mayor de habla portuguesa, Brasil; quizás la nueva democra-

cia española para restablecer el continuum de nuestra herencia ibérica y ampliar el grupo Contadora—; estas partes negociantes conocen íntimamente los problemas culturales subyacentes. Y tienen imaginación para garantizar la transición inevitable de la esfera de influencia de Estados Unidos, no a la esfera de influencia soviética, sino a nuestra propia autenticidad latinoamericana en un mundo pluralista.

Mi amigo Milan Kundera, el novelista checo, aboga en favor de las "pequeñas culturas" del herido corazón de Europa. Hoy he tratado de hacerle eco desde el convulso corazón de Latinoamérica.

Los políticos desaparecerán. Estados Unidos y Latinoamérica permanecerán. ¿Qué tipo de vecinos van a tener Uds.? ¿Qué clase de vecinos tendremos nosotros? Eso va a depender de la calidad de nuestra memoria y también de nuestra imaginación.

"Si hubiéramos comenzado al amanecer, ya hubiéramos llegado". Nuestros tiempos no han coincidido. Para Uds. el amanecer llegó pronto. Nuestra noche ha sido larga. Pero podemos superar la distancia entre nuestros tiempos, si ambos reconocemos que la verdadera duración del corazón humano está en el presente. Este presente en que tenemos recuerdos y deseos, este presente donde no están ni nuestro pasado ni nuestro futuro.

La realidad no es el producto de un fantasma ideológico. Es el resultado de la historia. Y la historia es algo que nosotros mismos hemos creado. Somos, pues, responsables de nuestra historia. Nadie estuvo presente en el pasado. Pero no hay presente vivo con un pasado muerto. Nadie ha estado presente en el futuro. Pero no hay presente vivo sin la imaginación de un mundo mejor. Ambos hicimos la historia de este hemisferio. Ambos debemos recordarla. Ambos tenemos que imaginarla.

Nosotros necesitamos su memoria y su imaginación, sin las que nunca estaremos completos. Uds. necesitan nuestra memoria para redimir su pasado, y nuestra imaginación para completar su futuro. Seguramente vamos a estar en este hemisferio todavía por mucho tiempo: acordémonos el uno del otro. Respetémonos mutuamente. Salgamos juntos de esta noche de represión, intervención y hambre, no obstante que para Uds. el sol está en el cenit y para nosotros es un cuarto para las doce.

INDICE 1983

Artículos

AL-SHEREIDAH, Mazhar. El Norte y la OPEP: Crisis de fábula y crisis real. No. 452, p. 63.
ALDANA, Efraín. La religiosidad popular ¿mito o realidad? No. 459, p. 414.
ALVÁREZ, Antulio José. Honduras: En el ojo del huracán. No. 458, p. 373.
AMNISTIA INTERNACIONAL. En Chile se sigue torturando. No. 456, p. 273.
ANTONIN, Arnold. El Haití que visitara el Papa. No. 453, p. 115.
ARRIETA A., José Ignacio. ¿Qué hay detrás de las proposiciones de la CTV? No. 455, p. 197.
BARRENECHEA, Mauro. La Convención sobre los Derechos del Mar. No. 451, p. 27.
BÉLLO, Ricardo Alfredo. Nuestra América: A propósito de J.M. Briceno Guerrero. No. 456, p. 267.
BOCARANDA ESPINOSA, J.J. Ley de Salva-

guarda del Patrimonio Público. No. 452, p. 55.
BOERSNER, Demetrio. OPEP Estancada. No. 451, p. 35 * Querellas africanas. No. 451, p. 35 * Nueva etapa china. No. 451, p. 35 * Ambiente menos tenso en Centroamérica. No. 451, p. 36 * ¿A dónde Suriname? No. 451, p. 36 * Ofensiva contra el Tercer Mundo. No. 452, p. 84 * Intentos de reunificar las fuerzas antisoviéticas. No. 452, p. 84 * Desánimo en el movimiento no alineado. No. 452, p. 85 * Estados Unidos frente a Latinoamérica y El Caribe. No. 453, p. 127 * Venezuela y el mundo. No. 453, p. 127 * Caída de los precios petroleros. No. 453, p. 127 * Este-Oeste: Carrera armamentista. No. 453, p. 128 * Medio Oriente: Sharon censurado, OLP moderada. No. 453, p. 128 * La OPEP sufre - pero sobrevive. No. 454, p. 178 * Playa Girón a cámara lenta. No. 454, p. 178 * Europa Occidental en movimiento. No. 454, p. 179 * Armamentismo y amenazas. No. 454, p. 179 * Los no alineados si-

guen adelante. No. 454, p. 179 * Luchas populares en el Cono Sur. No. 456, p. 275 * Peligrosa tensión centroamericana. No. 456, p. 275 * La cumbre de los ricos. No. 456, p. 276 * ¿Guerra inminente en Centroamérica? No. 457, p. 322 * Los pueblos en lucha en el Cono Sur. No. 457, p. 322 * Medio Oriente, Asia y Africa. No. 457, p. 323 * La deuda aplastante. No. 457, p. 323 * Este-Oeste y Norte-Sur: El Occidente duro. No. 457, p. 323 * Problemas europeos del Oeste y del Este. No. 457, p. 323.
BRICEÑO, César A. - GODOY C., Roger. El financiamiento de la Educación Superior. No. 456, p. 253.
CAMPEÑINOS DE COJEDES. Carta-denuncia al IAN. No. 457, p. 300.
CAPRILES, Oswaldo. Los Panamericanos: A falta de pan, circo. No. 458, p. 362.
CARDOZO DE DA SILVA, Elsa. Política doméstica e internacionalidad. No. 460, p. 449.
CARIAS BAZO, Rafael. La identidad del venezolano y su función integradora. No. 458,